

La España negra del pintor Solana

Ana Basualdo

ENTRE 1886 y 1945, existió en España un pintor heredero de Goya, casi loco, obsesionado por el lado macabro de la vida española de su época y que compuso infinidad de cuadros casi íntegramente negros, terroríficos y geniales, y hoy apenas conocidos. Si lo fueron en su tiempo, gracias fundamentalmente a la fervorosa promoción que de ellos hizo Ramón Gómez de la Serna. Gutiérrez Solana tuvo una vida tan negra como sus cuadros; mejor dicho, se instaló siempre en escenarios, hacia afuera y hacia adentro, convenientemente alejados del sol y sus ilusiones, para que no le hicieran perder el sabor de lo negro. La pasión de Solana consistió en mirar y describir, cada vez más fanáticamente, los mismos objetos, las mismas situaciones y personajes de una España no precisamente de pandereta, sino de cruz de penitencia, de martillazos en la cabeza para curar la locura.

SU pintura no es psicologista ni impresionista pero tampoco está sometida al naturalismo: lleva las figuras más cotidianas de lo real a un nivel trágico. Solana pintó durante toda su vida, sin miedo, siempre al borde de la locura y rodeado sólo por varios locos de su familia, las formas españolas de la crueldad que supo percibir. Miró las cosas (objetos y personajes de la vida) a la luz metafísica del atardecer, las maduró por la noche, frecuentemente a la luz

de velas, en medio de infinitas botellas de vino, infinitos cigarrillos y estridentes arias de ópera y, hacia la madrugada, las pintó exactamente hasta el hueso.

Pero no sólo acumuló máscaras, prostitutas y esqueletos de Juicio Final en sus cuadros; también escribió. A través de media docena de libros (dos volúmenes de **Madrid, escenas y costumbres**, **La España negra**, **Madrid Callejero**, **Dos pueblos de Castilla** y **Florencio Cornejo**), todos ásperos, sin adornos, de pura descripción, Solana dejó un testimonio no recomendable para espíritus cómodos. De entre ellos, **La España negra**, especí-

ficamente, originó este reportaje. Si bien el pintor cuenta allí sus vagabundeos por unos cuantos pueblos y ciudades de Castilla, hemos elegido Santander como único punto de referencia. Y no sólo por que el capítulo dedicado a la ciudad cántabra es el más extenso sino, fundamentalmente, porque los ancestros de Solana pertenecieron a esa región y porque él mismo pasó allí gran parte de su vida; además, la familia Gutiérrez Solana tuvo unas características absolutamente típicas de la provincia de Santander.

La primera idea de este artículo consistió en verificar sobre el terreno hasta qué punto



«Carnaval de aldea», óleo de José Gutiérrez Solana. (Colección particular. Madrid).

sobrevive aún esa **España negra**, disimulada quizá detrás de aparatos electrodomésticos y democracias apresuradas. Si no existen ya los disciplinantes, los ancianos con velas en la mano para decoración de entierros y las ferias con muñecos de cera, de qué manera, entonces, perduran la superstición y el horror medievales en las mentes vaciadas ahora frente al televisor. Santander, la ciudad del gran pintor y de su familia, que modificó su ritmo económico pero conservó sus costumbres, fue el lugar ideal. Después de recorrer sus valles y de conversar interminablemente

con sus pobladores, surge una sensación bastante distinta de **lo negro**. Parecen menos **negras** las máscaras ululantes de Solana que las actuales señoras bañadas en crema, mantequilla y gritos de las cafeterías; menos **negro** el torero «Lechuga» (que, a falta de toro, lidiaba con su gato y hasta con su mujer, pero siempre tieso dentro de un espectacular traje de luces) que los petulantes empleados del Banco de Santander; menos **negras** las viejas prostitutas (**Las chicas de la Claudia, Mujeres de la vida**, en los cuadros de Solana) que los pequeños rentistas que —topos satisfechos—

pululan a toda hora por el Paseo de Pereda.

Más de un dato de la familia Gutiérrez Solana la convierten en paradigma de las más tradicionales de Santander. El pintor se llamaba José Romano Gutiérrez Solana y Gutiérrez Solana. Hijo de primos hermanos, su historia comenzó en el pueblo montañoso de Arredondo: vacas, tabernas, paradores de diligencia y mucha iglesia. El abuelo materno tuvo allí seis hijos; el paterno, un **indiano** dedicado a las exportaciones mineras, se casó en México con una nativa y tuvo tres hijos: Carmen, Manuel y José Tereso. Al morir,

su mujer envió a los varones a España, quienes, de visita en el pueblo de Arredondo, se casaron con sus primas hermanas Segunda y Manuela. Se instalaron los cuatro en la calle del Conde de Aranda, en Madrid. Allí, hijo de Manuela y de José Tereso, en pleno carnaval, el 28 de febrero de 1886 (el segundo mes del calendario azteca —vale la pena recordarlo— se llama Tlacaxipeualitzli, que significa **des-huesamiento de los hombres**), nació José.

Creció en una casa sombría: padre taciturno que se refugiaba en un altillo para contemplar su colección de minerales e ídolos mexicanos o para leer **El Quijote**; madre triste que de vez en cuando tocaba el piano; tío subnormal (**El Mudo**, en su cuadro); criadas que, para adormecerlo, le contaban crímenes truculentos. Después de unos pocos años de desganado colegio, Solana opta para siempre por la pintura. Entre Madrid y Santander (sus cíclicos lugares de residencia), recorre las calles de día y de noche, invariablemente por los barrios más sordidos, allí donde no hay posibilidad de engaño o disimulo. Y fue pintando —mejor dicho, aplastando rabiosamente sobre la tela sustancias y colores arrancados a lo más real (ni idealización ni fotografía sino más bien pulverización) de la realidad—, cada vez con mayor audacia, sus objetos obsesivos: máscaras, carnavales, esqueletos, santos, pescadores, procesiones, prostitutas y alienaciones inacabables. Pero todas esas figuras eran —productos del arte trágico español mezclado con el mexicano, tan abundante en calaveras y esqueletos de azúcar—, por supuesto, metáforas de la muerte. Tuvo una **inquietante capacidad** para captar lo que de muerto

tiene las formas aparentemente vivas (**La tertulia del Pombo**) y lo que de vivo tienen las muertas (**El visitante del museo**).

Para entender a Gutiérrez Solana es imprescindible, sin duda, leer el libro que escribió su amigo Gómez de la Serna, quien lo calificó como un **verdugo de la realidad**, que daba **cuenta de ella en una confesión agarrotada entre la vida y la muerte**. Verdugo, matarife, cirujano de la realidad pero,

también, víctima de sus visiones. Solana es como el Van Gogh o el Francis Bacon de la crueldad española. Su trabajo al borde mismo de la locura no alcanzó la grandeza universal de los otros dos pero, como ellos, tuvo que recoger la lucidez de sus visiones casi perdiéndola. Aunque valores estéticos los separen, los tres pintaron sin cortesía, con fiereza, como presos en una sesión de tortura. Bacon, para componer sus cuadros de una



«Al caminar por las calles en pendiente de Santander, escuchando, preguntando, espiando en cafeterías, portales o cualquiera inesperada ventana propicia, crece la evidencia de que lo negro está, hoy, en otro lado...» (Foto L. Polrot).

humanidad destrozada y aullante, suele inspirarse en las carnicerías y en los manuales sobre enfermedades de la boca. ¿Y qué cuenta Ramón en su libro?

«—¿Qué pinta usted ahora— se le pregunta—. Y él responde con su voz de barítono y de honda garganta:

—Una cosa muy elegante..., muy elegante...

—¿Qué es ello?

—Una carnicería en el alba... Hay un cerdo con la boca abierta y chorreando sangre».

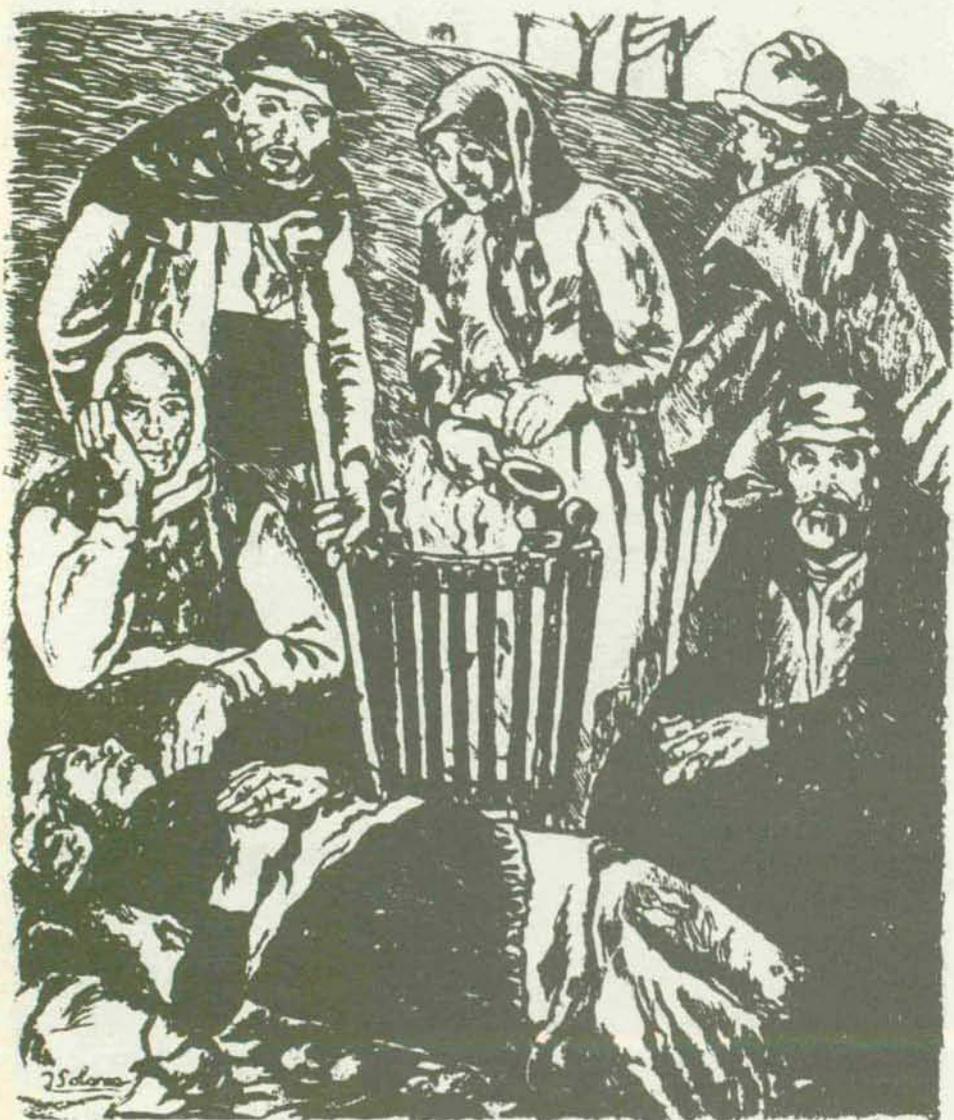
José Gutiérrez Solana vivió toda su vida con su hermano Miguel y con su madre progre-

sivamente loca, en una vieja casa de Santander y en otra, también vieja, de Madrid. La de Madrid estaba poblada de objetos que se movían con ritmo diverso: pequeños engranajes como moscardones que sin duda entraban o salían de la cabeza del pintor. Infinidad de relojes, pájaros artificiales, caracoles, juguetes mecánicos. Solana llevaba ajustado a su cintura un gigantesco manojó de llaves, una para cada reloj y para cada juguete. Por las noches, tertulias con comidas fuertes, mucho coñac y arias de Rigoletto. La manía coleccionista de los hermanos llegó hasta las muñecas de cartón tamaño natu-

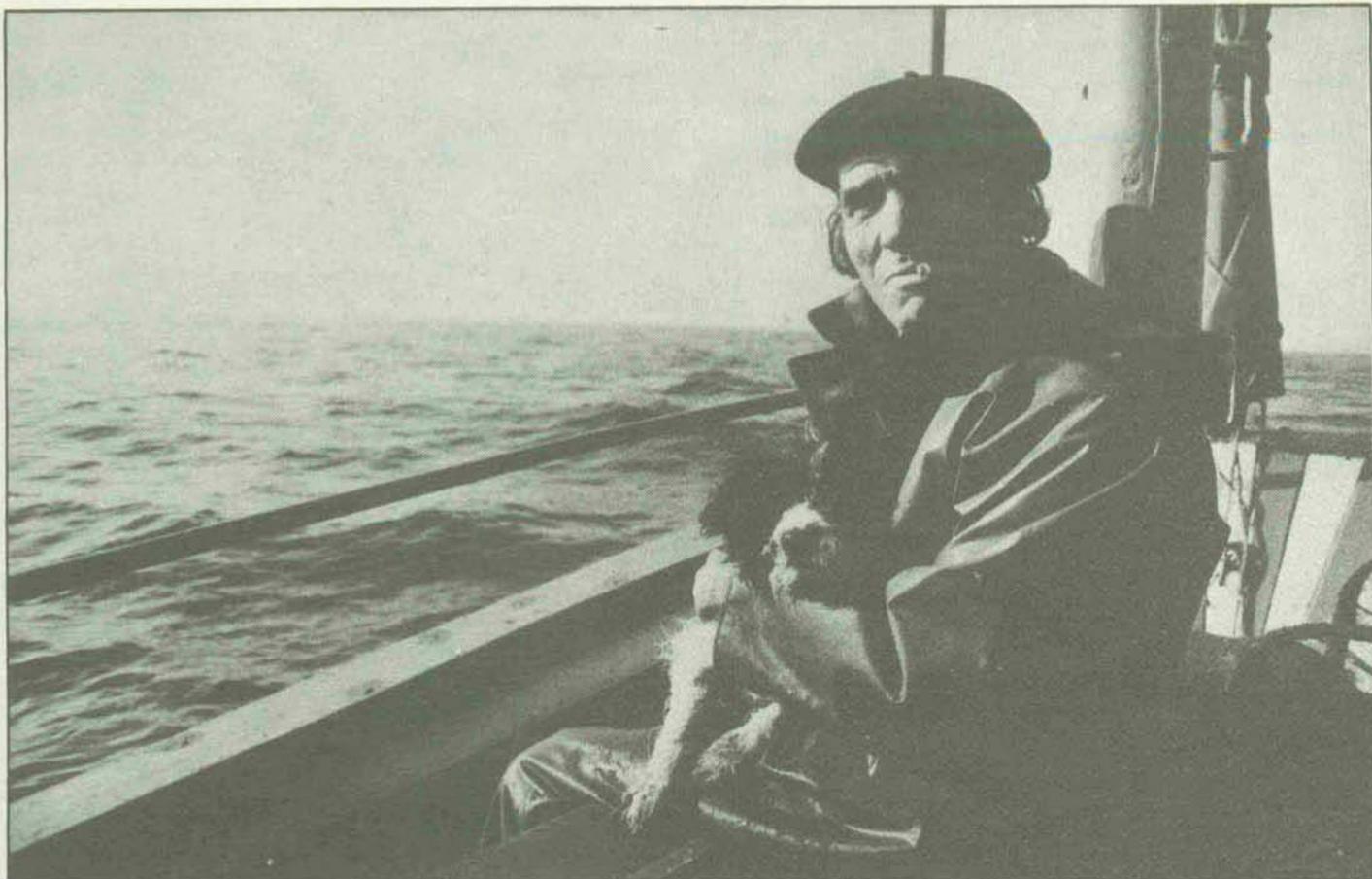
ral y pelo auténtico, que a veces llevaban a pasear y a tomar sol. Más allá de estas manías un poco pintorescas, Solana pintó—sólo por casualidad no había nacido cerca de las cuevas de Altamira— como un primitivo. Un troglodita fascinado por la realidad; enajenado por ella a fuerza de (sólo) describirla, de no interpretarla por temor a perderla.

Sesenta años después de que Solana escribiera *La España negra*, se puede verificar en Santander una cierta paradoja. Al caminar por las calles en pendiente de la ciudad, escuchando, preguntando, espiando en categorías, portales o cualquiera inesperada ventana propicia, crece la evidencia de que lo negro está, hoy, en otro lado. Exactamente en los descendientes «sociales» de Solana. Porque conflúan en él dos cauces arquetípicos y a veces antagónicos de la sociedad santanderina: perteneciente a una familia tradicional enriquecida en América, rentista sin obligaciones, pudo dedicarse a retratar la otra cara de la ciudad. Vivía en el residencial Paseo de Menéndez y Pelayo, pero, por las noches, bajaba a los barrios pesqueros en busca de hombres cansados y prostitutas de enormes muslos.

Cuando Solana exponía sus cuadros en las galerías madrileñas, críticos y espectadores acostumbrados a un arte de esmaltes suaves no ganaban para sustos. Aquella era una España terrible, de cruces, martillos y calaveras, negra, que no había por qué mostrar. Subsiste todavía hoy, aunque mínimamente, pero no es esa ahora la que más asusta. Reliquia arqueológica en algún bar húmedo, en alguna calle del puerto, ahora sólo causa placeres turísticos. En cambio, mejor no imaginar cuánto



«El brasero de la calle», aguafuerte de José Gutiérrez Solana.



«...Esos perros pequeños y sucios, de lanas amarillentas, con los ojos colorados como un tomate y sin pestañas, que estornudan mucho, que huelen a pescado y que llevan en todos los barcos de pesca, amigos de los grumetes y fieles compañeros de los marneros». (Foto L. Poirot).

negro habrá en la cabeza de los rentistas circunspectos que recorren el Paseo de Pereda.

Estas viejas casas del muelle tenían unas hermosas vistas; por un lado, la bahía en toda su extensión, y por la parte posterior, la plaza de la Libertad, en cuyo centro había un quiosco de música. Las plantas bajas de las casas del muelle las constituían en su mayoría oficinas de comerciantes que habían hecho dinero céntimo a céntimo y pulso a pulso, o comercios más o menos ricos; en éstos se podía tomar el pasaje para La Habana, Veracruz, Buenos Aires, y los marineros podían adquirir redes, aparejos, trajes de hule, anzuelos y toda clase de menesteres para la pesca.

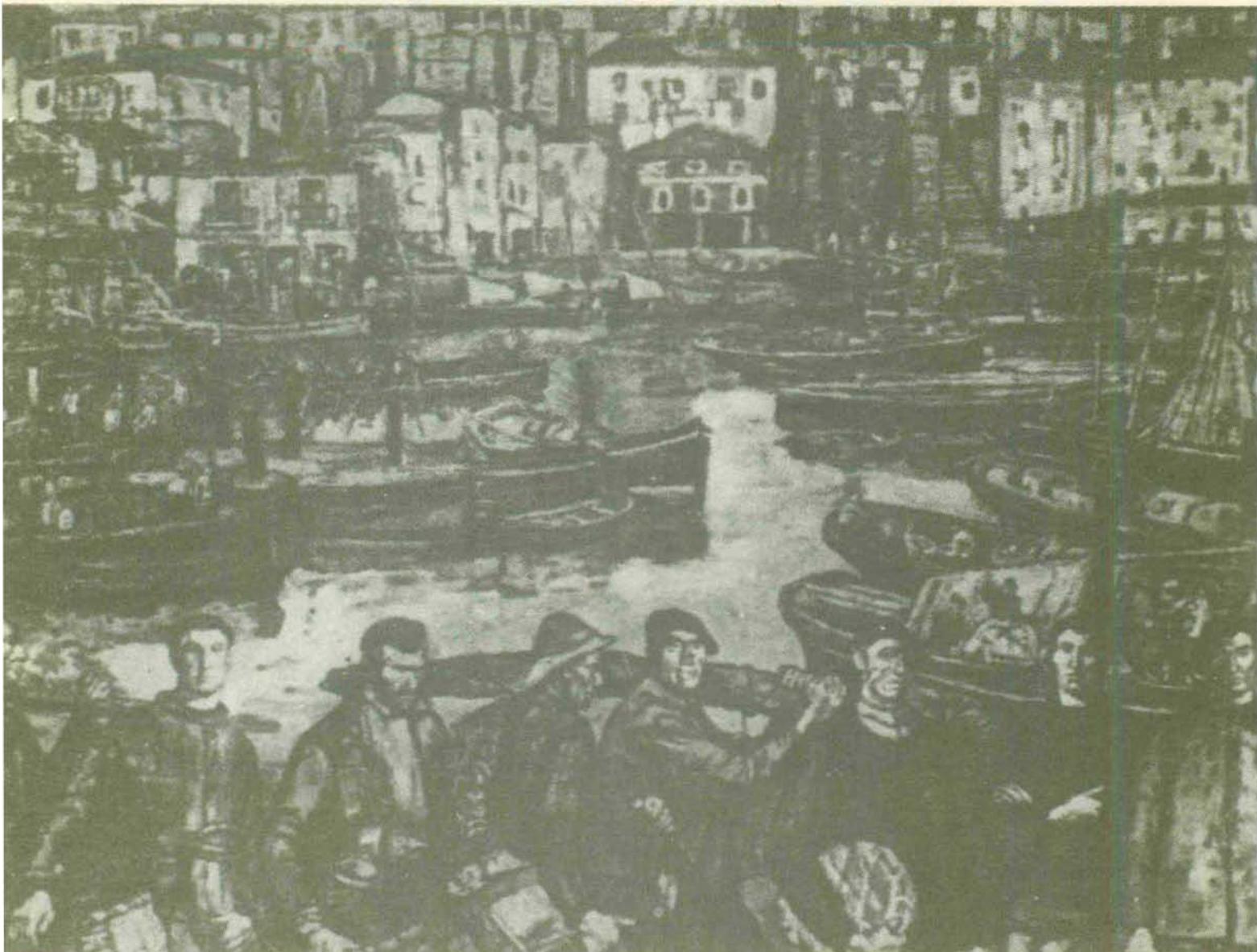
Quizá lo único inalterado y gratuito (gratis) de la ciudad

de Santander sea la bruma, bellissimo volumen gris que, en invierno, oculta toda la bahía hasta las diez de la mañana (a esa hora los barcos son apenas un trazo de lápiz negro sobre la lámina gris). Después, absolutamente todo tiene un precio ostensible, evidente, imposible de descartar; el dinero es —sucede en todos lados, pero allí ha invadido todas las vías de relación— absolutamente el único valor notorio.

Las mujeres de los pescadores se metían las faldas entre las piernas, bajaban con los pies descalzos unas escalerillas de piedra, y metiéndoles las manos tiraban las tripas al mar; al concluir la limpieza, quedaba un gran trozo de agua al lado de las barcas teñido de sangre.

Lucho y otros (muy pocos)

pescadores recogen y acomodan los aparejos, bajo un sol de invierno excepcionalmente entonador. Hay tres únicas viejas barcas amarradas a la escalinata de piedra de Puerto Chico (el actual puerto pesquero —de todos modos, de mucha menos importancia económica para la vida de la ciudad que el Puerto Chico de la época de Solana— está ahora en la otra punta de la bahía). Aquí se alinean, ahora, yates y cruceros de pintura flamante. «La bahía —dice Lucho— es de ellos ahora, de los millonarios. La bahía no tiene casi agua. A la hora de la bajamar, a veces parece que se puede llegar a la otra orilla caminando. Necesita dragado. Pero únicamente dragan el canal en que los millonarios guardan sus embarcaciones. Nosotros tenemos que trabajar todo el día para comer,



«La vuelta de la pesca», óleo de José Gutiérrez Solana (Museo de Arte Moderno, Madrid).

para tener dieciocho o veinte mil pesetas al mes. Nuestro día comienza a las cuatro de la madrugada y termina muy tarde. Eso sí, en la barca compartimos todo: todo es para todos. Un bocadillo, un vaso de vino. Pero no hay mucha pesca. La mar está muy contaminada». Un perrito sucio y cariñoso lame las manos de Lucho, enredadas entre los hilos del aparejo.

...esos perros pequeños y sucios, de lanas amarillentas, con los ojos colorados como un tomate y sin pestañas, que estornudan mucho y tosen bronco, que huelen a pescado y que llevan en todos los barcos de pesca, amigos de los

grumetes y fieles compañeros de los marineros.

Justo en la curva de Puerto Chico, allí donde el Paseo se convierte en avenida costera que lleva a las playas del Sardinero, apoyado como gigantesco mascarón de proa sobre una barca que descansa en tierra, un borracho conversa festivamente con su botella de vino. Ha tapado la botella con la punta de un pañuelo blanco. A causa del viento, el pañuelo cubre la botella marcando sus ondulaciones y a veces la descubre y se despliega tenso como una vela. «Mi nombre es Santiago Carrillo Gutiérrez. No; Felipe González Giménez. Yo soy un pes-

cador que no pesca. Porque no hay pesca. He vivido en Noruega muchos años. Y en Londres. Y ya no pesco más. Ahora estoy citado con Vital Alsar. Pero puede quedarse: me gustan más las mujeres que Vital Alsar. Y su... su... supongo que a Vital Alsar también».

Las campanas de la Almotacenia repicaban sin cesar; aquí se pesaban en grandes básculas los bonitos y los cachos de sardinas; muchas veces había discusiones y peleas; dos pejinas se pegaban con saña y ferocidad, se arrancaban el pelo y concluían por arañarse la cara. Estos insultos y discusiones interminables los oía con fre-

cuencia. Enfrente de la huerta de mi casa estaba el barrio de Tetuán: a los hombres se les oía poco, pues dormían o estaban en la taberna, pero las mujeres no había día que no riñeran y discutieran con una riqueza de palabras que para sí la quisiera la Academia de la Lengua.

A la entrada de la antigua Almotacenia, hoy simple mercado de frutas y verduras, un puesto diminuto de ventana enrejada. **La Cruza**, ancha, cubierta por varias capas de ropa de las cuales sobresalen unas mangas de fulgurante violeta, parece parte material de su cubículo. Detrás de cuya reja vende caramelos y cigarrillos. O quizá el cubículo tenga ruedas y **La Cruza** se desplace en él por las noches cuando nadie la ve. Es tal vez el último ejemplo de un Santander que ya no existe, y el único brote de rebeldía encontrado en muchas horas de

charlas y ojo avizor por la ciudad. «Yo los quiero, pero los trato a degüello. Pero a mí me lo perdonan todo. Aquí hay alguna gente noble, aunque tienen la mala costumbre de hablar muy alto, pero casi todos son unos hijos de puta. Mire ése. ¡Qué cara de clarete!», le grita a un señorón de mucha corbata y mejillas más que rosadas.

Entre cajas de chiclets, montañas de caramelos y enfiladas barras de chocolate, muy juntos sobre el mismo estante, aparecen una imagen de la Virgen de Lourdes, foto de Felipe González y una tarjeta de las Juventudes Socialistas. «Sí, soy socialista. La única socialista de todo Santander, me parece. Yo estuve cuatro años presa y a mi madre los nacionales le quitaron el puesto».

Un hombre se acerca, mete su mano entre las rejas y le da dos pesetas; sin intercambiar

palabra. Cruza le entrega un cigarrillo. «Son unas burracas —sigue gritando— las mujeres aquí. Van a las cafeterías a aparentar. ¡Qué van a tener dinero, si lo único que tienen son deudas! Yo trabajo para comer, pero no tengo ni una deuda. Vivo con mi hija. Pero no me quiero quedar en la casa. ¿Para qué? ¿Para mirar el televisor?». Cruza investiga entre sus ropas hasta encontrar una muy pequeña libreta. Me entrega una minúscula foto amarillenta: una mujer joven de porte hercúleo y cesta de pescados en la cabeza. Todo un desafío. «Así era yo cuando tenía diecisiete años».

Hoy el muelle se ha convertido en un hermoso paseo; sus andenes se han ensanchado, tomando terreno al mar, a su derecha; se ha construido un pequeño jardín, en el que hay un templete de música muy sólido, pues el antiguo se lo llevó el viento sur.



«...Y los marineros podían adquirir redes, aparejos, trajes de hule, anzuelos y toda clase de menesteres para la pesca...» (Foto L. Polrot).

Cada mediodía, cada atardecer, y sobre todo cada mediodía y atardecer de fin de semana, uno se acuerda, en el Paseo de Pereda, de todas aquellas novelas y películas que con disgusto (y quizá apresuradamente) ha calificado de esquemáticas. Porque el Paseo de Pereda de Santander es tan esquemáticamente pequeñoburgués que no se puede creer. Parece la ilustración ingenua, exagerada, de una frase de este tipo: «Clase media provinciana, prejuiciosa y feroz, tomando sol». Vestidos sin elegancia pero con una compostura que pone de mal humor, sin gracia pero

con demasiado consciente pulcritud: ni una arruga, ni una distraída mancha en los grises, marrones, azules y verdes malva. El esplendor de un amarillo o de un rojo debe estar prohibido por las pequeñas inquisiciones domésticas. Están disfrazados de no permitirse nunca un disfraz. Y mejor repetirlo: es compostura, miedo a la arruga (la arruga es síntoma de pobreza), y no elegancia. Uno se divierte con la diabólica idea de llevar a uno de estos espiritualmente temerosos y gastronómicamente satisfechos rentistas santanderinos, sin previo aviso, a las Ramblas de

Barcelona un sábado por la noche, en verano (Ocaña incluido). No hay en Santander ni un solo hippy (aunque fuera para quemarlo en simbólica hoguera), ni un solo pasota, y los escasos progres de barba se refugian en sus ghettos. Sí hay, en cambio, jóvenes militantes de Fuerza Nueva que reparten folletos sobre **La Mujer natural** (no se trata de ninguna mujer ecológica, sino de una de verdad, sin píldoras ni abortos). En ese clima petulante y encorsetado sólo se despliega la retórica del dinero. Aunque quizá no tanto. Porque, de pronto, inesperadamente, se oye por ahí:



«Carnaval», óleo de José Gutiérrez Solana. (Museo de Arte Moderno, Madrid).



«Quizá lo único inalterado y gratuito (gratis) de la ciudad de Santander sea la bruma, bellissimo volumen gris que, en invierno, oculta toda la bahía hasta las diez de la mañana...» (Foto L. Poirot).

—Están caros los libros, ¿has visto? Han llegado a mil y a mil quinientas pesetas.

Quizá se trate de la obra completa de Pereda, o de Menéndez Pelayo, retóricos santanderinos, o de Pérez Galdós, canario que un día se instaló frente al Mar Cantábrico.

—Sí. Ya te lo decía yo: los libros de contabilidad están cada día más caros.

Bajo un sol tibio, frente a la bahía siempre más o menos brumosa («Castilla, por Santander, se parece a Holanda»: Camilo José Cela), las señoras caminan empujando enormes coches de bebé: importantes, de ruedas anchas y capotas oscuras. Al principio, sorprende que sean tantos; más tarde, intriga que realmente ni una sola madre, en esta parte de Santander, lleve a su bebé en brazos. Pero los niños en brazos, también ellos, son síntoma de pobreza. Por la

misma razón, no se ve a nadie en el Paseo de Pereda con el más minúsculo paquete bajo el brazo. Todos se visten igual para indicar que nadie tiene menos dinero que el vecino.

«No, no, yo la paso a buscar por el hotel». O: «Si le parece, nos encontraremos en el Café Suizo». Otra bella costumbre: difícilmente los santanderinos abren las puertas de sus casas. De las quince o veinte entrevistas que requirió este reportaje, sólo un cura de setenta años, «muy cansado», se atrevió a tal aventura.

Todos tienen la cabeza blanca de pensar en el dinero y hacer números; juegan en mangas de gamisa, aunque haga mucho frío, para dárselas de pollos; son petulantes. Llevan un pedrusco de brillante en la sortija y cadena de oro, gastan faja y tienen todos tipo de patán y tendero. Algunos prefieren entrar dentro de la ta-

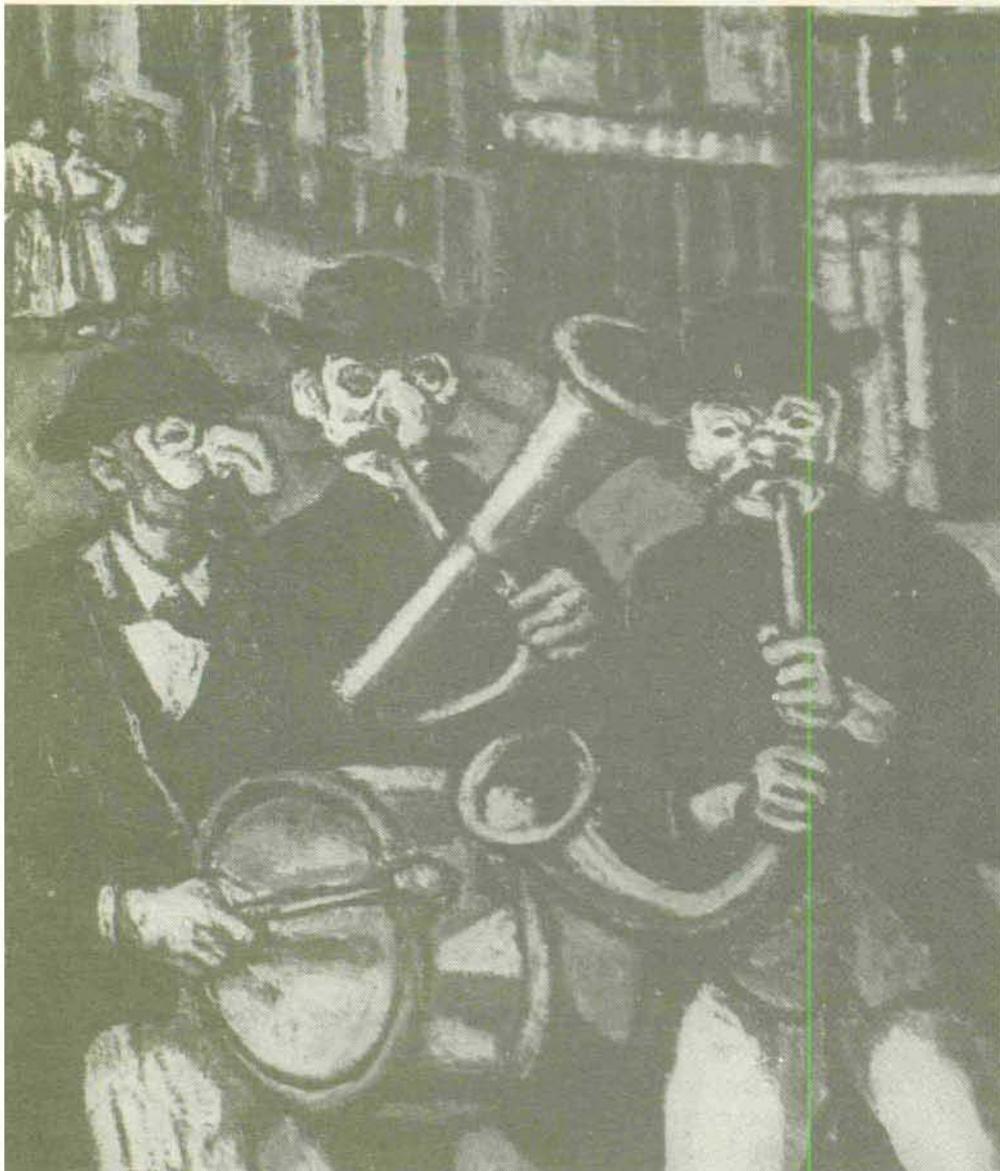
berna a jugar a la baraja y beber vino.

«En el Suizo. La veo a usted, con mucho gusto, en el Suizo, a las doce y media».

En las casas bajas del muelle había antiguos cafés: el Ancora, el Suizo, donde había reuniones de comerciantes y militares y se jugaba desaforadamente al chamelo y metían gran ruido con las fichas, como si quisieran romper el mármol de las mesas.

Mucho rojo y flores artificiales en este remodelado Café Suizo. Acodados en la barra, un hombre y una mujer jóvenes parecen sumergidos en la sensualidad; parece un coqueteo con cama inminente. Pero conviene no acercarse porque no habrá más remedio que oír parte del diálogo. **Ella:** «El año próximo subiré a 60.000. ¿Y tú?». **El:** «A 65. Y además seré jefe segundo».

A las doce y media en punto



«Carnaval», óleo de José Gutiérrez Solana. (Museo de Arte Moderno, Madrid).

llega el ex diputado por UCD Francisco Láinz Gallo, maduro pero con un ímpetu estilo Zorba el griego. Cazadora de paño azul y guantes de cuero blanco para conducir su descomunal moto. Su familia acumuló varios de los más dorados apellidos santanderinos: Láinz, Gallo, Ribalaygua, entre otros. Con sonrisas y gesticulación enfática, Paco Láinz trata de quitar importancia, de hacerse perdonar, estos asuntos: «Mi familia era del pueblo de Ajo. Aquí la gente siente mucho orgullo por el pueblo donde nació. Habían llegado con Carlos V y se quedaron. Trabajaron en la industria del hierro y desarro-

llaron un gran individualismo. Yo siempre digo que el montañés es independentista, sí, pero de uno en uno».

El atlético ex diputado ha tenido diez hijos («porque todavía la contracepción no estaba de moda»), que van de los veintiocho a los siete años. «Sí, aquí somos un poco conservadores, en general. Hubo, efectivamente, muchos matrimonios en la misma familia. Los indianos enriquecidos volvían de América y, para que la fortuna quedara en casa, se casaban con la sobrina o la prima». La de los Láinz, dicen, es bastante cuantiosa: tiendas, fábricas y, hace poco, espectacular venta de terre-

nos al Banco de Santander para la construcción de un nuevo edificio.

En estos cafés parecía prohibida la entrada a las señoras, pues no se veía más que, como cosa exótica, alguna extranjera o forastera.

La Universidad Internacional de Menéndez Pelayo (que funciona en el Palacio de la Magdalena, en esa lengua rocosa metida en el Cántabro) y el turismo de verano han modificado algunas costumbres, aunque no la mentalidad, de las señoras de Santander. Ahora, hacia las seis de la tarde, las cafeterías son invadidas por una cantidad verdaderamente temible de estas señoras. Al entrar en Kansas, por ejemplo, un vaho de señora mayor, con mucha crema, gafas, abrigo oscuro, pelo teñido y prensado, provoca auténtica asfixia. Es como una selva de gritos y desconfianza: todas hablan al mismo tiempo y miran con no disimulado disgusto a los desconocidos. Después de dos horas de oído atento, se pueden recolectar las siguientes frases-promedio: **Necesitaba seis millones / Ahora lo traspasa / Pero quedará interés / Sí, tenía un despacho y ahora pone otro / Gana mejor como ingeniero / ¿Y para qué quiere otra tintorería?**

Según cierta resentida lengua progre de Santander, todas estas señoras son pequeñas rentistas, pequeñas ahorristas, pequeñas accionistas. Sus cuentas personales les dan peso en la familia, autoridad para imponer horarios y costumbres. «Has de saber—dice la misma lengua— que el regalo de Año Nuevo del Banco de Santander a sus accionistas consiste en bombones». Seguramente fueron estas mismas señoras, o sus tías, o sus madres, quienes tuvieron que lidiar en cierto momento con impúdicas estatuas. En una

oportunidad, lograron que el picapedrero rebajara los voluminosos pechos de la escritora Concha Espina. Y eso que, cuando Alfonso XII la descubrió, estaba protegida por un solemne sostén de encaje negro. Sigue todavía en los Jardines de Pereda, pero delgada y triste, a pesar de los cuatro puntos verdes que alguien le dibujó en ojos y pezones.

Pero las señoras fracasaron en su intento de que no se erigieran dos corporizaciones desnudas del Señor Ahorro y la señora Beneficencia en la fachada de su sacra Caja de Ahorros. Mientras anónimos y protestas se acumulaban en los cajones, las estatuas tuvieron que ser instaladas clandestinamente por la noche.

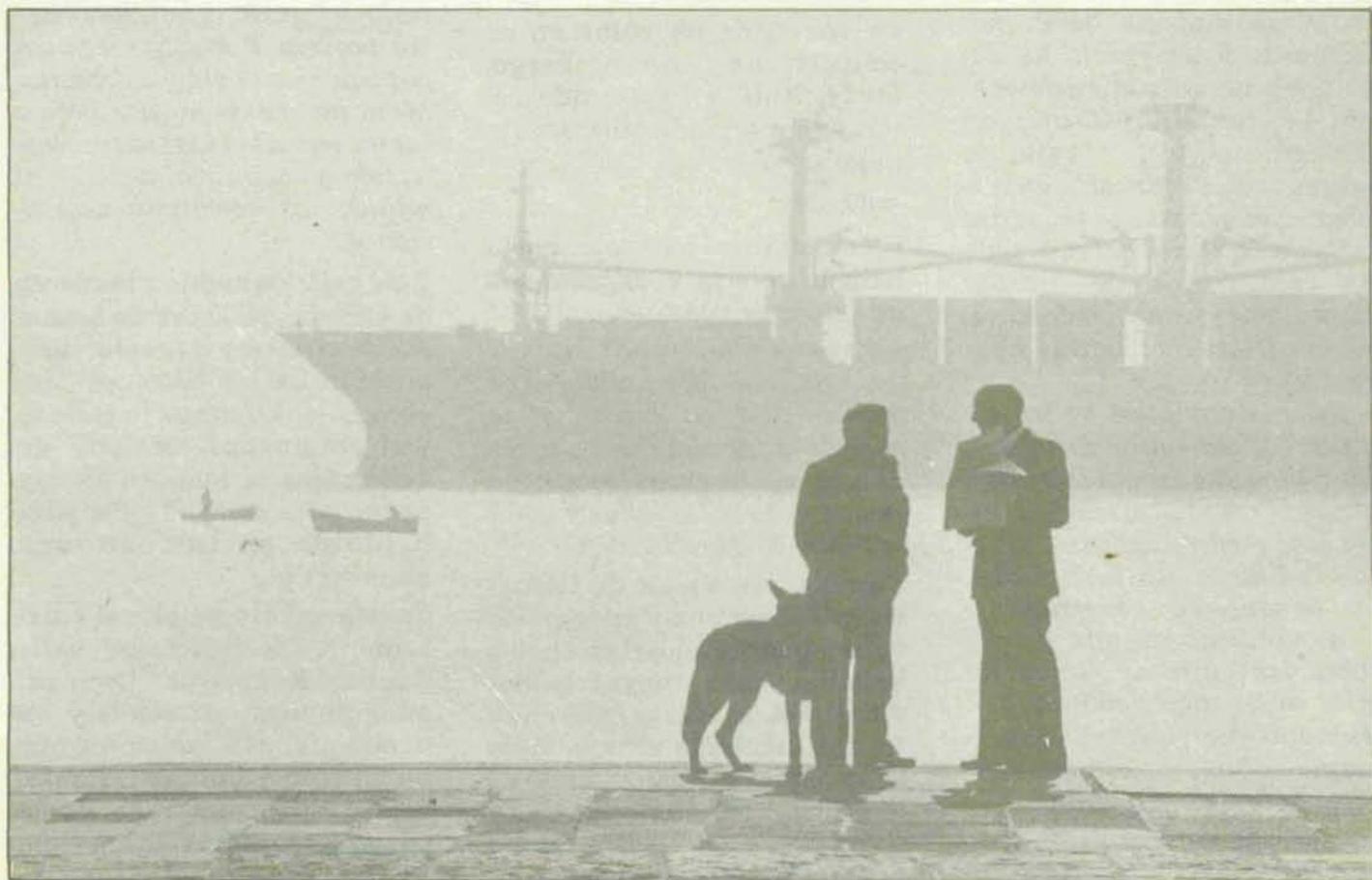
Para los hijos de estas señoras, su mejor posibilidad de status reside, sin duda, en pertenecer a la organización entre feudal y capitalista que es el Banco

de Santander. Entidad kafkiana que preside el poderoso Emilio Botín de Sautuola: trescientas sucursales en todo el país y un centenar de prolongaciones en la industria, el transporte, el turismo, la construcción. Ni el Palacio de la Magdalena en verano, con sus estudiantes suecas, ha perturbado tanto a los jóvenes ambiciosos como «el Banco». Es que, como dijo un ejecutivo flotando en su despacho absolutamente verde («es nuestro color distintivo»), «ésta es una pequeña universidad».

Enfrente de esta casa está el convento de las Hermanitas de los Pobres, y en el soportal están ya los viejos de los entierros, que esperan cachazudamente acompañar al muerto, como nos acompañarán a nosotros y como se acompañarán ellos, pues ésta es su misión y para esto parece que han nacido. Son ancianos que ya no sirven ni para sostenerse

los pantalones, pero que en estos casos tienen un aspecto decorativo y se hacen impresionables; todos llevan grandes hachones encendidos en las manos, y casi todos visten de negro con levitones y gabanes dejados por inservibles.

Para buen número de santanderinos, es **El Banco** (y no la universidad o el teatro, por ejemplo) la institución más estimulante de la ciudad. Y hasta la empresa Nereo de Pompas Fúnebres es mirada con admiración porque su dueño logró fusionar cuatro en una. No es su única particularidad: Bernardo Ruiz Varela —el empresario que quedó al frente del monopolio— tiene costumbres insólitas. Se dedica a la crianza y adoración de **ponys**, a los que bautiza como si fueran joyas: Perla, Diamante, Rubí, Esmeralda. Cada año organiza una corrida de toros en beneficio de los viejos del asilo; los sube



«...A esa hora, los barcos son apenas un trazo de lápiz negro sobre la lámina gris». (Foto L. Poirot).



«Dormitorio de pobres», dibujo de José Gutiérrez Solana.

a un landó tirado por caballitos y —todos vestidos de negro— los pasea por la ciudad.

Purísima mañana de otoño. Bernardo Ruiz Varela ha llegado en un carruaje impecable. Los caballitos forman un triángulo perfecto: Furia, de largas crines blancas e increíblemente sedosas y peinadas («Es tordo claro, holandés, de 93 centímetros de alzada; tiene siete años»), adelante; Rubí y Diamante, detrás y paralelos.

—*Esto es como un ballet. Es música y geometría. Las cabezas tienen que estar a la misma altura. Con las correas les comunico el ritmo del paso, la velocidad, las curvas, las paradas. Los conduzco con la palabra y el movimiento de mis manos sobre las correas. Nunca les grito ni les digo palabrotas ni les pego. Observe: tienen las orejas para atrás para estar en contacto conmigo. ¡Ojalá!*

Los tres se detienen inmediatamente y dejan paso a los autos. Furia ladea suavemente

su cabeza, sus largas crines de vedette.

—*Vamos, andar...*

La voz tiene un volumen de conversación; sin embargo, Furia, Rubí y Esmeralda retoman en seguida su trote callejero.

—*¡Ojalá!*

Frente al semáforo rojo, Furia baja la cabeza y mordisquea una hoja de plátano.

—*Eso está mal, ¿ve? Sí, sí, ¿qué diría usted si una bailarina de pronto deja de bailar y se muerde la zapatilla? Lo que sucede es que hoy es el primer día en que se caen las hojas y están un poco confundidos.*

También los viejos de los entierros se retiran y apagan las velas, guardándose las en los bolsillos; para mayor comodidad, la mayoría marchan juntos, llevando al más viejo de la mano; pero otros quieren ir solos, están cansados de la sujeción, quieren ser independientes, tener un rato de libertad.

—*La funeraria es una herencia. Es algo que se origina en el dolor, cierto, pero yo trato de hacerlo del modo más humanitario posible. Por eso, me preocupo por los ancianos del asilo. Mi negocio es la muerte, pero a mí me gusta la vida: soy vegetariano, y aconsejo a todo el mundo los principios vegetarios.*

Esta calle da salida a la cuesta de Gibaja, donde están las casas de mujeres de mala vida; cuelgan de los balcones muchas colchas; desde la calle se ven empinadas escaleras de estas casas; en los portales hay pozos para subir el agua y un bombillo metido en una alambarrera.

Cuesta del Hospital, calle del Limón, calle San Pedro, calle Cuesta, Ruemayor. Oscuras, adoquinadas, estrechas y en pendiente, son las calles que inspiraron a Solana los notables cuadros **La casa de la Claudia**, **Mujeres de la vida**, **La calle del arrabal**. No deben haber cambiado demasiado.

En el bar El Sombrero, de la Cuesta del Hospital, Dorita, rubia, vivaz, «cuarenta años en el barrio», quiere contarle todo:

—Lo sé todo de este barrio. Y le aseguro que nunca he visto lo que veo ahora. El modo en que los macarras tratan a las mujeres... Es una vergüenza. Hay una mafia de gitanos. Le diré los nombres: el Pimpín, el Callejón Miguel, el Antonio. Y no sólo pegan a las mujeres, también a los clientes cuando se niegan a pagar el absurdo precio que ellos piden. Después de trabajar veinte horas, tiene que verlos: a ellas, comiendo un bocadillo inmundo; a ellos, en una cafetería lujosa. Además, sin control médico ni nada. Pero un poco también se lo merecen: son muy golfas, les gusta ese trato. Y cuando viene un cliente bueno, una buena persona, en seguida dicen: «Es un cabrón». Y hacen cosas que no tienen disculpa. ¿Le parece a usted correcto que les enseñen ciertas cosas a un muchachito de 17 años? El pobre se hace un vicioso; sólo quiere el vicio, y seguramente su esposa, luego, o sus amigas, no le harán lo mismo. Será distinto en Barcelona, quizá, pero aquí las mujeres honestas son muy conservadoras. Cuando yo era joven, la prostitución era otra cosa. Estaban las madamas, la María Luisa, la Ojo Piedra, la Carmina, la Celia, las francesas. A las chicas las veían médicos. Era antes del gran incendio del 41. Entonces estas casas, fíjese, estaban justo al lado de la Catedral y de un colegio de monjas.

En los altares, las imágenes son muy sencillas; son santos de yeso, santos de bazar llenos de purpurina y recargados de encajes: en un principal está el del fundador de la Compañía, San Ignacio de Loyola. Va vestido de negro; en una mano, pequeña y regordeta, tiene un bonete de forma anticua-

da; en su enorme calva brillan las luces de las velas y tiene una barbita rubia y recortada. Su aspecto es algo repugnante, parece un redomado hipócrita.

En busca del negro solanesco es posible encontrar en Santander datos que Buñuel sin duda festejaría: por ejemplo, un notable número de subnormales, enanos y mellizos. Hace algunos años fueron casadas en la iglesia de Santa Lucía dos parejas de mellizos por dos curas mellizos y dos monaguillos mellizos. Por supuesto, toda una multitud de cofrades saludaron en el atrio.

Y también es posible encontrar coleccionistas de los objetos más insólitos: picaportes, pelucas, colillas de cigarrillo. Según rumores, cierto viejo santanderino —Martín Lanuza, quizá— posee, o poseía, una colección de colillas consumidas por gente famosa: Alfonso XII, Churchill. El nombre, efectivamente, aparece en el listín. Del otro lado se oye una voz titubeante:

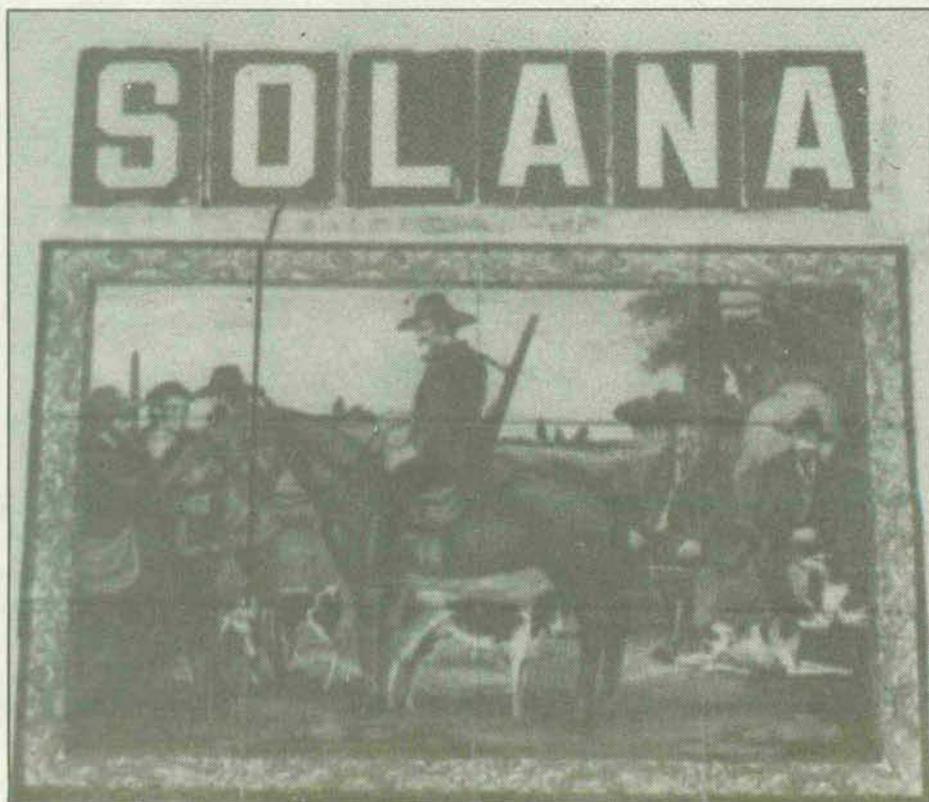
—No, no, era mi padre, que murió a los 89 años, hace 12, pero él pintaba, y ponía colillas en sus cuadros.

—Bueno... bueno... si usted quiere venir.

Una mucama (¿o hermana, o tía, o sobrina de la voz?) oligofrénica abre la puerta. La voz pertenece a un cura alto y lânguido que se pasea por una casa de habitaciones oscuras, crujiente piso de madera y absolutamente tapizada de cuadros. Largo pasillo hasta llegar a la única sala con luz natural. El sol ennoblece un ambiente que, más allá del umbral, se hace espeso e insopor- table. El cura muestra un paisaje pintado por su padre —Pablo Martín Córdova— y la firma: una colilla de cigarrillo.

—Con eso él quería indicar que ya no servía para nada, que ya estaba viejo y valía menos que una colilla. Como yo, que tengo 69 años y estoy tan cansado. He tenido cuarenta mil fieles en mi parroquia, y estoy tan cansado.

■ A. B.



Homenaje a José Gutiérrez Solana, del Ayuntamiento de Paradas.